

de terreno granítico arcilloso, relativamente consistente, vulgarmente conocido en la comarca por «terror» o «sauló», depositado, sin duda, por arrastre de las aguas y derrumbamientos del promontorio contiguo.

En esta última capa de terreno y a 1 m. de profundidad se hallaron restos de una cabaña hallstática, completamente destruida por la compresión lateral y, sobre todo, por la superficial de los sedimentos, presentando una anchura de 1'60 m. con una capa informe de tierra cenicienta de 0'60 m. de grueso; la longitud de la cabaña fué imposible de determinar por haber sido cortada parte de la misma al construir un muro de contención del margen, si bien por los datos facilitados por los operarios se deduce tendría unos 3 m² de superficie en total. Se pudo extraer de las cenizas diversos fragmentos de cerámica construída a mano, negruzca y pulimentada en su cara exterior, típicamente hallstática, lisa y sin ornamentación alguna en los trozos que se pudieron recoger, de la cual, por falta de fragmentos de sus bordes y de la parte superior en general, no se puede verificar más reconstrucción cierta que la de su fondo y parte de los lados (fig. 2). Recogimos también fragmentos de tierra arcillosa, cocida en su superficie superior, que habría formado parte del pavimento de la cabaña, y huesos de animales que corresponden al *Sus scrofa* y a la *capra hispánica*, así como también pequeños trozos de madera de encina carbonizada.

Según manifestación de los operarios, en las obras de desmonte para la construcción de un aljibe y otras edificaciones adosadas al margen de la pendiente, fueron destruídos otros restos de idénticas características correspondientes a otras dos cabañas.

Excepto en Argentona, en toda la comarca del Maresme no se había hallado hasta ahora ningún resto de esta cultura céltica. — J. M. PONS-GURI.

POBLADOS IBÉRICOS EN EL TÉRMINO DE LLORET DE MAR (GERONA)

La exploración sistemática de nuestras tierras sólo puede ser efectuada con seguridad de éxito por personas cultas y amantes de la arqueología que residan en las diversas localidades y que, conocedoras minuciosas del terreno, limiten su campo de estudio a una sola comarca y aún a un solo término, ya que los hay tan extensos, que para explorarlos totalmente se requiere un prolongado esfuerzo.

Tal acontece para Lloret de Mar con el culto farmacéutico don Emilio Martínez, el cual, con admirable constancia, se ha dedicado a reunir metódicamente noticias históricas, artísticas, folklóricas y de todo orden

referentes a aquella villa y su término. En el aspecto arqueológico ha conseguido situar sobre el mapa un buen número de estaciones inéditas, entre las que descuellan por su interés dos poblados ibéricos, de los que vamos a dar sucinta noticia después de visitarlos en compañía de su descubridor.

El primero está emplazado en el lugar llamado «Turó Rodó», pequeña eminencia granítica, de unos 40 m. de altura, que se yergue en el extremo este de la magnífica playa de Lloret, de la cual constituye el término por la parte de Levante. Cortado a pico sobre el mar y muy pino por las otras vertientes, constituye un magnífico mirador natural, desde el que se domina un buen trecho de la costa. Diversas urbanizaciones que ha experimentado en estos últimos tiempos, con el trazado de varios caminos en gran parte excavados en el terreno, han alterado bastante su estructura. Además, el montículo ha sufrido otras modificaciones debidas a los trabajos agrícolas. Hasta finales del siglo pasado, en el momento del auge de la viticultura, estuvo plantado de viñedo, de cuyo estado, el señor Martínez, al que debemos la totalidad de estos datos, conserva una vieja fotografía. Después la viña fué abandonada y el terreno fué cubriéndose de monte bajo con algunos pinos, y finalmente, en época más reciente, han sido plantados en parte de él eucaliptos y coníferas exóticas.

De todas maneras, se conserva todavía un muro que se prolonga en línea recta, con alguna ligera rotura, acaecida recientemente, en una longitud de cerca de 40 m., orientado de sudoeste a noroeste y con una altura que oscila entre 1 y 2 m. Su técnica es la corriente en estos poblados, con piedras irregulares por su tamaño y perfil, pero perfectamente colocadas sin ayuda de mortero, no en hiladas, sino buscando la posición más apropiada para conseguir la estabilidad dentro de su forma y falcando las más grandes con otras pequeñas. Otros restos de paredes se descubren, en especial en el espacio que queda entre el muro descrito y el acantilado sobre el mar.

Los hallazgos superficiales de cerámica, que son bastante abundantes, nos dan el cuadro perfecto de la cultura layetana de nuestra costa de Levante, que, claro está, resulta muy difícil de distinguir de la de los poblados ausetanos o indiketas, no sólo por lo muy emparentada que debía estar, sino por el más deficiente conocimiento que tenemos de los hallazgos de los lugares de habitación de estas últimas tribus, vacío en parte colmado por las excavaciones efectuadas recientemente en el Puig de la Rovira, en la Creueta, cerca de Gerona, y que ha dado una facies algo diferente o a lo menos con elementos que no aparecen en la costa (en especial cerámica con líneas horizontales blanquecinas). Tenemos, pues, cerámica grosera elaborada a mano, lisa o con cordones e impresiones unguiculares

o hechas a punzón; cerámica a torno con fragmentos de gran finura y otros más gruesos, entre los que abundan los de las ánforas sin cuello y fondo puntiagudo hueco; cerámica helenística de importación (grandes ánforas y vasos con el característico barniz negro brillante); los llamados pesos de telar, fusayolas, etc. Muy interesantes y constituyendo un enigma en cuanto a su utilización, son un gran número de piedras planas, de 10 a 20 cm. de dimensión máxima, de perfil más o menos redondeado y todas ellas limadas o afinadas en sus bordes y con un agujero que nunca corresponde al centro. A primera vista, y habida cuenta de la proximidad del mar, la idea que sugieren estas piezas es la de tratarse de pesos utilizados para mantener tensas las redes de pescar, contraponiéndose a los corchos que sirven para mantenerlas a flote (papel que hoy día cumplen piezas de plomo), pero don Emilio Martínez nos manifiesta haber encontrado piezas de esta clase en lugares muy distantes del mar, lo que hace dudosa la explicación que hemos dado. Tampoco nos parece convincente del todo la hipótesis de que hubiesen servido de proyectiles, utilizándose los agujeros para sujetar al cinto una cantidad de ellas, ya que su forma nos parece poco apropiada para esta finalidad.

En cambio, no puede darse otra utilización a una gran cantidad de cantos rodados que aparecen en el área del poblado y que la constitución geológica del terreno (el granito) veda suponer tengan su origen en la misma montaña y que necesariamente han de haber sido llevados a ella intencionalmente. Como hallazgo de interés artístico hay que señalar el de un fragmento de figurita de tierra cocida (parte de la cara) de muy bella factura y que juzgaríamos obra helenística y no indígena.

Los hallazgos específicamente romanos son poco numerosos, pero los hay innegablemente de esta cultura, aunque casi se reducen a fragmentos de tégula y de dolium, en cantidad poco considerable, pero que en todo caso demuestran que perduró allí un lugar de habitación más o menos importante. Falta, en cambio, la sigillata, la barbutina y otras especies cerámicas que tanto abundan en las estaciones romanas.

La masa de hallazgos corresponde pues, cronológicamente, a un período que va del siglo III al I a. de J. C. Es de notar que no ha sido recogido ni un fragmento de cerámica ibérica pintada. Muestras abundantes de estos hallazgos de superficie figuran en la interesante colección de don Emilio Martínez, pacientemente recogidas y clasificadas por el descubridor en el curso de múltiples visitas.

El segundo poblado a que hemos de referirnos está emplazado en la cumbre de la colina llamada «Puig de Castellet», labrado igualmente en el granito, situado a unos 2 km. al norte de la villa y, por lo tanto, en dirección al interior, y de una elevación de unos 200 m. Este cerro es perfectamente reconocible desde Lloret, no sólo por ser el situado más a la izquierda de

la primera línea de elevaciones que cierran por el interior la parte central del horizonte, sino por un gran amontonamiento de rocas que se encuentra en su parte derecha visto desde la villa, y que forman como una especie de pezón. Aislado por todas partes, por el norte se une por un cuello suave a otra colina de una elevación parecida, y acaso por allí estaba el camino de acceso. La montaña, en parte de la cual hubo igualmente hace años plantaciones de viñedo, está ahora cubierta de matorral y algunos pinos y encinas. El primero es bastante espeso, lo que dificulta el estudio del terreno. A trechos se perciben vestigios de paredes que sólo una excavación pondría verdaderamente al descubierto.

Los hallazgos de superficie, que son menos abundantes que en el Turó Rodó, y se efectúan sobre todo en los lugares de escurrimiento de las aguas, tienen una perfecta similitud con los efectuados en aquél. Anotemos de todas maneras el hallazgo de un fragmento de cerámica ibérica pintada, tan pequeño, que no puede adivinarse la forma del vaso de que formó parte, y en el que aparecen sencillos semicírculos concéntricos. Faltan, en cambio, las piedras agujereadas a que nos hemos referido al hablar del Turó Rodó.

Don Emilio Martínez cree, y es probable que esté en lo cierto, que en el extenso término de Lloret existen restos de otros poblados, que seguramente descubrirá en su paciente labor de prospección. Pero ya los dos anotados tienen un interés evidente, y no sería labor perdida efectuar en ellos una excavación, aunque fuese parcial. — J. DE C. SERRA RÁFOLS.

UN NUEVO POBLADO IBÉRICO

En junio de 1941, excursionistas de Gerona recogían en las Guille-rías fragmentos de cerámica ibérica, entre ellos asas de tipo corriente dentro de esta cultura, y junto con esto, varios fragmentos de boca de dolium de distinto grosor. Con todo ello descubrían, sin duda alguna, un nuevo poblado ibérico.

Durante el pasado verano, aprovechando unos días de camping por estas regiones, visitábamos el lugar de los hallazgos. Éstos se encuentran cerca de San Juan de Fábregas, en plena comarca de Collsacabra (Guille-rías), en una altiplanicie rodeada en casi su totalidad — excepto por la parte norte — por un enorme despeñadero, quedando, por tanto, protegida por insondables precipicios.

Desde su cima se divisa hacia el sur el curso del manso Ter.

Abundan por allí esparcidos los fragmentos cerámicos que se hallan en estado muy erosionado por la acción de los agentes naturales. No se